

EL DICTADOR SI TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Miguel Rojas—Mix

Cuenta en Azul, Rubén Darío, que un día ante un rey — ¡un rey burgués!— se presentó un poeta. Después de escucharle hablar, el rey, aconsejado por sus filósofos, decidió ponerlo en el jardín a dar vueltas al manubrio de una caja de música, a cambio de la comida y con el compromiso de que se callase. . . ¿La moraleja? . . . Hoy es aún más fácil sacarla. Pero, si el escritor silencioso haciendo girar la manivela es del gusto de los dictadores; hay todavía otro que estiman más que éste, aquél que de la caja de música saca odas en su favor.

Existe la mala costumbre —bien que a menudo se denuncie teóricamente— de seguir hablando de los escritores (latinoamericanos) como si sólo fuesen comprometidos cuando lo son con la izquierda. Los hay también de la otra banda, les prevengo ¡Y cómo! El caso Darquier de Pellepoix tuvo por consecuencia episódica que se echase una mirada en Francia sobre los escritores del fascismo: Maurras se mencionó reiteradamente; la famosa carta de Céline a Doriot, donde manifestaba sus puntos de vista sobre los judíos, ocupó las primeras páginas de *Les Nouvelles Littéraires* y el *Magazine Littéraire* dedicó un número a Drieu La Rochelle, a propósito de obras recientemente publicadas sobre él.

Yo voy a hablar del mismo fenómeno en América latina, donde los Darquier de Pellepoix no pertenecen a la historia, sino que están sólidamente instalados en el presente.

Ya en el siglo pasado los escritores se enfrentaron pro o contra la dictadura. Y, si en el Ecuador, Juan Montalvo, llegó a decir a la muerte del dictador: “mi pluma lo mató”; su contemporáneo, Juan León Mera, no sólo defendía al tirano García Moreno (quien, entre otras cosas, en la Constitución de 1869 había privado de la nacionalidad a los no-católicos), sino que encargó a su literatura de difundir la ideología del régimen. En Cumandá, su novela más importante, los valores del conservadorismo político circulan gemelos con los de un catolicismo integrista *avant-la-lettre*.

Siempre los tiranos han tenido necesidad de un plumífero a su lado para que

realce sus Hazañas. Los panegírico gozan entre ellos de casi tanto prestigio como los monumentos ecuestres. Roa Bastos, en *Yo el Supremo*, pinta al Dr. Francia acompañado permanentemente de su escribidor, encargado de narrar su historia hasta en los últimos detalles -- ¡Escribe!, ¡escribe!, Patiño. Y Patiño escribía lo que Vucencia decía ("No te pido que me adules Patiño", le corregía Francia, por añadidura).

Hoy como entonces los dictadores buscan apoyarse en los escritores. Silenciosos, como paradójicamente el propio Darío, cuyo monumento es el único que compite en la ciudad de Managua donde lo han puesto a dar vueltas a la manivela con los erigidos en honor del clan Somoza. O Gabriela Mistral; cuya figura los "juntistas" chilenos han aupado; no con verdadero amor, sino buscando crear una sombra bajo la cual puedan oscurecer el genio de Neruda.

Pero, aparte de estos silenciosos sepulcrales y a quienes sólo la muerte impide evitar la recuperación que de ello se hace, hay otros que sostienen con más o menos pudor pero expresamente los regímenes militares. En Chile lo vimos cuando poco después del "golpe" no faltaron los poetas que corrieron a prestar su adhesión a Pinochet. Algunos se desengañaron pronto. Otros han dejado insignes monumentos de su compromiso, cual este himno al nuevo régimen: Chile es así, escrito por Braulio Arenas, poeta surrealista y en la época "simpatizante" del gobierno de Allende. Transcribo sólo algunas estrofas:

Era la angustia por doquier,
era el hampón y era el terror,
el tribunal al que se dió
falsa etiqueta popular,
era la hambruna, el arsenal,
era el ladrón detrás del juez,
el camarada agitador
con cinco muertes a su haber,
era el rescuicio de la ley,
era el reinado de la jap
con largas colas por doquier,
banderas rojas por doquier,
mercado negro por doquier,
era el despojo sin piedad,
saqueo y robo, impunidad,
era el canalla, como rey,
era la orgía más bestial,
y por la calle, a plena luz,
se paseaba el criminal

Y de improviso terminó,
la pesadilla tuvo un fin:
Chile se alzó con gran poder
y disipó la oscuridad.

Chile es así:
no tiene nada que ocultar,
aquí no hay muro de Berlín,
tampoco existe el paredón,
de cara siempre a la verdad,
en cuerpo y alma siempre así,
tiene un futuro en que creer,
tiene un pasado que mostrar,
tiene un presente que vivir:
Chile es así.

En Argentina, la tradición de los escritores que han apoyado a las dictaduras es bastante larga. Ella culmina con Borges; pero se inicia con Lugones y pasa en los años treinta/cuarenta por Hugo West y Manuel Gálvez.

Gran poeta, mejor prosista, Leopoldo Lugones es el ancestro espiritual de Borges. En 1924, invitado por el gobierno de Leguía a celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho, pronunció en Lima un bienfamado discurso: “La Hora de la Espada”. Para felicidad del mundo —decía Lugones— la hora de la espada ha sonado una vez más y los gobiernos militares han desbancado a la democracia, al pacifismo y al colectivismo, porque los militares son mejores que los políticos. Y porque ellos son jefes designados por el Destino y mandan en virtud del derecho innato de los mejores, con la ley. . . o contra ella. Seis años más tarde publicó *La Patria Fuerte*, en la que renovaba su diatriba contra la democracia, afirmando que Argentina no sería una gran nación sino el día que abandone el sufragio universal. En quiénes maduraba la influencia del poeta, manifiéstase en un hecho simple: *La Patria Fuerte* fue publicada por la Subcomisión de Instrucción del Círculo Militar.

A Manuel Gálvez le ha dedicado un artículo hace algunos años Alain Rouquié, al cual me remito; de Hugo West conviene agregar algunas líneas.

Hugo West, seudónimo de Gustavo Martínez Zuviría, fue autor de numerosas novelas: *El Kahal*, *Oro*, *El 666*, *Flor de Durazno*, *Desierto de Piedra*, *Tierra de Jaguares*, etc. Era el escritor más prolífico y popular de la Argentina y otros países de América en los años treinta y cuarenta. De un antisemitismo violento, del que da testimonio su novela *Oro* (saludada por el ABC de Madrid como la novela más importante escrita esos últimos años), se destacó siempre por su integridad. Nombrado por el general Ramírez ministro de la Instrucción Pública en 1943, destituyó al profesorado liberal. Pensaba que había que cristianizar a la Argentina, que había que estimular la natalidad en vez de la emigración; que había que extirpar las doctrinas de odio (id est: las que se fundaban en la lucha de clases) y de ateísmo. Hugo West ejerció una enorme influencia, en especial sobre los escritores españoles franquistas y monarquistas católicos.

Para los militares y sus acólitos, Borges se ha convertido en estos últimos años en el paradigma del intelectual occidental. Parece ser él quien mejor encarna los valores cristo-occidentales: “conocedor eximio de las literaturas clásicas, de las germánicas nórdicas, de la francesa y de la inglesa y de las obras fundamentales de la cultura occidental. . . (Y, lo que es más importante) En medio de la actual maraña de literaturas supuestamente comprometidas, o que en el fondo no

son sino imitaciones o instrumentos de las posiciones marxistas, Borges ha constituido un testimonio tenaz e insobornable de adhesión a los principios que inspiran al Occidente y en los cuales se basa la concepción de la dignidad y el valor supremo de la persona y de la inconciliabilidad con el materialismo histórico”. Así escribía al momento de ser condecorado Borges por Pinochet un diario de la capital. Aprovechando la ocasión la Universidad de Chile le otorgó simultáneamente el título de doctor honoris causa. Porque él constituía —decía el rector-delegado en el discurso de recepción— junto con “otros hombres superiores una esperanza de salvación frente a una civilización que agoniza y languidece” y porque, continuaba: “su obra ayudaba a combatir contra lo feo, lo grotesco, la náusea, el odio, la violencia, el mal gusto, la crueldad, el egoísmo” (¡Cómo debe haberse reído el propio Borges escuchando este discurso!).

Y bien que Borges se dice a-político, tratando de terciar sobre sus opiniones esa capa germánica de la invisibilidad que tanto le atrae, sus declaraciones al igual que sus libros no son menos comprometidos que los de los llamados escritores de izquierda. Sólo que él se refiere a su compromiso como abstracción y que sus fans lo tildan de irresponsabilidad creadora, de gusto por las paradojas o de sentido del humor negro. En otra parte he intentado mostrar que esta “irresponsabilidad” es de una coherencia sorprendente con la visión del mundo que recorre su escritura y que se recorta a la perfección dentro de la ideología oligarcomilitar: “Mis abuelos —dice él mismo en Dulcia Linquikus Arva. . . fueron soldados y estancieros”. Aquí, me dedicaré sólo, y para concluir, a citar el discurso con que el autor de La Historia Universal de la Infamia aceptó el título de doctor honoris causa de manos del rector-delegado, delgado de Pinochet.

Pero hay además otro hecho, un hecho que sería cobarde silenciar. Y el hecho es que nuestra época, como todas las épocas, es una época de anarquía; como todas las épocas es una época de transición. El tiempo es transición; el tiempo es siempre turbulento río de Heráclito y quienes lo viven no pueden pensar que viven una época placida. La serenidad pertenece al pasado, pertenece a la memoria o pertenece a la esperanza. Pero la serenidad nunca es presente. El presente es siempre tembloroso. El presente puede ser destruido en cualquier momento, el presente es frágil. Y, sin embargo, hay un hecho que debe confortarnos a todos, que debe confortar a todo el continente, y acaso a todo el mundo. En esta época de anarquía, sé que hay aquí, entre la cordillera y el mar, una patria fuerte, Lugones predicó la patria fuerte cuando habló de la hora de la espada. Yo declaro preferir la espada, la clara espada a la furtiva dinamita. Y lo digo, sabiendo muy claramente, muy precisamente, lo que digo. Pues bien, mi país está emergiendo de la ciénaga en que estuvimos. Ya estamos saliendo, por obra de las espadas, precisamente. Y aquí ya han emergido de esa ciénaga. Y aquí tenemos: Chile, esa región, esa patria que es a la vez una larga patria y una espada honrosa.

¿A-político?
¿irresponsabilidad creadora?
¿gusto por las paradojas?
¿sentido negro del humor?

...